

## Hormigas en la boca

Ahora mismo me están picando en los labios. Invaden mi boca y resbalan por mi lengua con sus patitas diminutas. Dices que no las ves, y te creo. Puede que sólo existan en mi cerebro, pero yo las siento reales. Abren sus mandíbulas y pellizcan mis carrillos, haciéndome pequeñas heridas. Invaden mi garganta y pugnan por salir hasta que consiguen que abra la boca y grite. En ese momento huyen, se desbordan por las baldosas del suelo a mi alrededor y se esconden rápidas en pequeños agujeros en las paredes o entre los baldosines del suelo.

Dices que no existen. Ojalá fuese así. Sé que los demás no las veis, sólo yo y algún que otro privilegiado que se cruza conmigo, y al verlas me mira con cierta complicidad. Alguno me enseña la punta de su lengua dónde una hormiga se mueve rápidamente tratando de ganar su libertad. Hay mas como yo, no estoy solo.

No siempre he sido así. A los veinte años yo era un joven casi normal. Quise dedicarme a escribir, y me encerré en mi habitación a hacerlo. Las ideas me asaltaban a cualquier hora, especialmente durante la noche. Mantenía una luz tenue encendida constantemente, y cerraba las persianas. No quería asustar a mis pensamientos con luces fuertes ni sonidos agudos. Necesitaba tranquilidad.

Las palabras fluían con rapidez. Yo veía las letras como una ristra de hormigas perfectamente colocadas en sus puestos. Cada vez escribía más deprisa, cada vez me enfadaba más si el resultado de mi trabajo no me parecía adecuado. Los personajes saltaban de las hojas y reían a mi alrededor al comprobar mi angustia. A veces mi desesperación era tal que cuando leía lo que ya tenía escrito e impreso arrugaba los folios y los mordía, escupiendo los pedazos sobre el suelo.

En aquellos tiempos aún vivía con mi familia. Visto mi comportamiento me echaron de mi habitación, abrieron las ventanas y dejaron pasar la luz y el aire. Pretendían incluso que tomase tranquilizantes. Cuando pude volver a entrar no reconocía aquel espacio. Mis ideas se habían ido con las sombras y el olor a cerrado que reconocía como mío. Los personajes de mis obras habían huido a otro lugar, quizá otra habitación oscura y cerrada. Siempre he pensado que así

debe ser el hogar de aquellos seres que, aún con vida, no han encontrado aún una obra en la que encajarla.

Tuve que irme. Robé los ahorros que mis padres escondían en la casa, llené una pequeña maleta con algo de ropa y me marché. ¿Dónde? No tenía importancia. Era libre.

Las primeras hormigas aparecieron en ese lugar. Mi nuevo “hogar” era un apartamento diminuto, semisótano, con poca luz. El lugar ideal para mí. Nadie me interrumpía, estaba sólo.

Durante ese periodo las palabras surgían desde algún punto dentro de mí, recorrían la distancia hasta la punta de mis dedos y golpeaban las teclas de mi ordenador. Se organizaban en frases y capítulos. No había ataques de desesperación. Los personajes se plegaban a mis deseos y si alguno trataba de desmandarse no tardaba en encontrar la forma de reducirle.

Conseguí escribir mi primera novela. Nada importante, pero tuvo cierto éxito. Yo era el novato que se atrevía a lanzar algo que gustaba y llamaba la atención en el mercado. Durante las entrevistas y las firmas que siguieron al lanzamiento de este libro me mantuve tranquilo. Era casi feliz.

Fue al comenzar mi segunda novela cuando todo empezó a cambiar. De repente las hormigas comenzaron a dejarse ver. Al principio eran pequeños hilos de color negruzco que recorrían el zócalo de la pared, y desaparecían en las esquinas mugrientas de los muros, en algún microscópico agujero. No quise eliminarlas. No molestaban. Yo seguía escribiendo y mis propia escritura me recordaban cada vez más a un camino de hormigas en busca de alimento.

Cada vez estaban más presentes. Trepaban a la mesa, se repartían sobre los folios en blanco, se colocaban en filas, dibujaban formas que se tornaban letras, frases, capítulos enteros. Y debo reconocer que no lo hacían mal. Aproveché muchas de aquellas ideas. Incluso cuando escribía en el teclado me parecía ver moverse entre las puntas de mis dedos pequeñas hormigas negras que pretendían presionar alguna tecla por su cuenta. Llegué al final de la segunda novela con su ayuda.

En la presentación de ese libro me di cuenta de que no estaba solo. Abría un ejemplar y en la dedicatoria se cruzaba una pequeña hormiga. Otro, y ocurría lo mismo. Nadie se fijaba en ellas, sólo yo sabía de dónde habían salido. ¿Formarían parte de una letra? Quizá eran un signo de puntuación. Esperaba que no.

Descubrí una fila de estos pequeños animalitos que bajaba de la mesa recorriendo una pata, y se deslizaba sobre la tarima de madera hacia el hueco de la escalera.

Pisé la fila de hormigas con disimulo. Pero por más que lo hacía no parecían sentirlo. Me puse nervioso. Pisé cada vez más fuerte. Empecé a maldecir entre dientes. Mi editora me miró extrañada.

Intenté tranquilizarme. Ahora habían empezado a trepar por mi pierna bajo los pantalones, y notaba sus patitas juguetonas. Tenía que olvidarlas. Apreté los dientes y seguí firmando.

Esa noche apenas pude dormir. En casa el suelo estaba cubierto por ellas. Los folios repartidos sobre la mesa se veían punteados con sus cuerpos. Reptaban por el ordenador entre las teclas. Intenté apagarlo y me atacaron dos grandes ejemplares, enganchándose a mis dedos con sus fuertes mandíbulas. Dejé encendido el aparato, me acosté entre las sábanas arrugadas e intenté descansar.

Fue esa noche cuando entraron en mí, estoy seguro. Al despertarme me encontraba pesado, mareado, con una sensación de resaca. Sentía un cosquilleo incómodo en la garganta. Abría la boca frente al espejo del baño y allí estaban. Correteando entre mis papilas gustativas, entre los espacios de mis dientes, bajando por la garganta y precipitándose al vacío. ¿Habría trepado alguna por las fosas nasales? ¿Serían capaces de llegar hasta el cerebro?

Aún siguen conmigo. No sé por qué. Convivo con ellas, aunque me resulten molestas. Cuando me siento a escribir fluyen entre mis dedos. Corretean sobre mi teclado y se colocan sobre las teclas que debo pulsar. No me obligan, me sugieren. Yo sin ellas no sería nada. Lo sé. Me lo dicen. Es una simbiosis

extraña, lo reconozco. ¿Qué ganan ellas? ¿Es el interior de mi cuerpo un hábitat cómodo? ¿Acaso me he convertido en un hormiguero humano? Lo ignoro.

No me creéis, y yo tampoco lo haría si me lo contaseis. Lo siento, debo seguir escribiendo. Si estoy demasiado tiempo sin hacerlo invaden mi boca y resbalan por mi lengua. Abren sus mandíbulas y pellizcan mis carrillos. Solo puedo dejar que resbalen por mis dedos, se repartan por las hojas, invadan mis teclas y me sugieran historias.

Imaginador